



## *Dándole Sentido al Cuatro de Julio*

*Por Pauline Maier*

*Pauline Maier es Catedrática "William Rand Kenan, Jr.", de Historia Americana en el Instituto Tecnológico de Massachussets. Este artículo fue adaptado de su libro Escritura Americana: Elaborando la Declaración de Independencia, publicado por Knopf el 4 de julio de 1997.*

- *Se aprueba la reproducción de este artículo en inglés y en versión traducida por la Sección de Asuntos Públicos de las Embajadas de los Estados Unidos y por la Prensa fuera de los Estados Unidos; asimismo, podrá ser reproducido a través de Internet. Se deberá otorgar el crédito al autor y la siguiente nota deberá aparecer en la primera página de toda reproducción.*
- *Derechos de Copia © 1998 American Heritage, Inc. Todos los derechos reservados. Reimpreso de American Heritage, 7 de agosto de 1997.*

---

John Adams creyó que los norteamericanos iban a conmemorar el Día de su Independencia el dos de julio. El con fiadamente había predicho que las generaciones futuras recordarían el 2 de julio de 1776 como "la época más memorable en la Historia de Norteamérica" y celebrarían ese día como "el Día de su Liberación con Actos de Devoción a Dios Todopoderoso. Debería ser solemne, con Pompa y Marchas, con Espectáculos, Juegos, Armas, Campanas, Fogatas e iluminación de un Extremo del Continente al otro desde este momento hasta la eternidad".

Su propuesta, sin importar lo rara que hoy pudiera parecer, era perfectamente razonable el momento en que él la hizo en una carta a su esposa, Abigail. El día anterior, un 2 de julio de 1776, el Segundo Congreso Continental había finalmente resuelto "Que las Colonias Unidas son, y por derecho deberían ser, Estados libres e independientes, que no le deben lealtad a la Corona británica, y que toda conexión política entre ellas y el Estado de Gran Bretaña está, y debería estar, disuelta". La idea de que los norteamericanos pudieran conmemorar en lugar de ello el 4 de julio, el día que el Congreso adoptó una "declaración sobre su Independencia" que él había ayudado a preparar aparentemente no se le ocurrió en 1776. La Declaración de Independencia fue una de las declaraciones del Congreso que Adams luego describiría como "arreglos y adornos, pero no Cuerpo, Alma o Sustancia", una forma de anunciar al mundo el hecho de la independencia americana, lo cuál, para Adams, era lo que valía la pena celebrar.

De hecho, el tener nuestro gran festival nacional el Cuatro de julio no tiene sentido en absoluto, a menos que realmente estemos celebrando no solo la independencia sino también la Declaración de Independencia. Y la declaración que celebramos, la cuál Abraham Lincoln había descrito como "carta de nuestras libertades", es un documento cuyo significado y función hoy en día son diferentes a las que tenía en 1776. En suma, durante el siglo diecinueve la Declaración de Independencia no solo se convirtió en una forma de anunciar y justificar el fin del poder británico sobre las Trece Colonias y el surgimiento de los Estados Unidos como nación independiente, sino en una declaración de principios para guiar a gobiernos estables y bien establecidos. Ciertamente, llegó a usurpar de hecho, si no en derecho, un rol que los norteamericanos normalmente delegaban a sus declaraciones de derechos. ¿Cómo ocurrió? ¿Y, por qué?

De acuerdo a las notas de Thomas Jefferson, el Segundo Congreso Continental no trató la resolución sobre la independencia cuando había sido propuesta por primera vez por el representante de Virginia Richard Henry Lee, un 7 de junio de 1776, porque se hallaba "abocado a atender otras materias". Sin embargo, el 8 del mismo mes, el Congreso se reunió en un Comité de Todos y "pasó ese día y el lunes 10 debatiendo el tema". Para ese entonces todos los contendientes habían admitido que era imposible que las colonias se unan nuevamente a Gran Bretaña. El tema era de cuál era el momento oportuno.

John y Samuel Adams, junto a otros como George Wythe de Virginia, querían que el Congreso declare la independencia ya mismo y comience negociaciones para lograr alianzas con el extranjero y la formación de una confederación más duradera (lo cuál Lee también proponía). Otros, incluyendo a James Wilson de Pensilvania, Edward Rutledge de Carolina del Sur y Robert R. Livingston de Nueva York presionaban por una demora. Argumentaban que los delegados de varias colonias, incluyendo Maryland, Pensilvania, Delaware, Nueva Jersey y Nueva York no habían sido "autorizados" por sus gobiernos locales para votar por la independencia. Si se pedía una votación inmediatamente, estos delegados tendrían que "retirarse" del Congreso y sus estados podrían excluirse de la unión, lo cuál debilitaría de modo grave las oportunidades de Norteamérica de lograr su independencia. En el pasado, dijeron, los miembros del Congreso había seguido la política "sabia y apropiada" de posponer decisiones fundamentales "hasta que la voz de la gente nos llevaba a ellas", pues "la gente era nuestro poder, y sin la gente, nuestras declaraciones no podían llevarse a efecto". Asimismo, la opinión sobre la independencia en las colonias del medio estaba "madurando rápidamente y en un corto tiempo", decían ellos, la gente de esos lares "se uniría al clamor general de Norteamérica".

El Congreso decidió dar tiempo a las colonias atrasadas y de este modo retrasó su decisión por tres semanas. Sin embargo, designó un Comité de los Cinco para elaborar una declaración de independencia para que dicho documento pudiese ser emitido con rapidez una vez la moción de Lee fuese aprobada. El comité incluía entre sus miembros a Jefferson, Livingston, John Adams, Roger Sherman de Connecticut y Benjamín Franklin de Pensilvania. El comité de elaboración se reunió, decidió lo que la declaración debería pregonar y como debería estar organizado, entonces se pidió a Jefferson que preparase un borrador.

Mientras tanto, Adams – que hizo más que cualquier otro para lograr el consentimiento del Congreso para la independencia – trabajó arduamente para que la presión popular sobre los gobiernos de las colonias recalcitrantes se dé para que estos cambiasen las instructivas a sus congresales. El 28 de junio, cuando el Comité de los Cinco presentó al Congreso el borrador de la declaración, solo Maryland y Nueva York no habían cambiado las instrucciones a sus delegados para permitirles votar por la independencia. Esa noche Maryland se unió a todos.

A pesar de todo, cuando el Comité de Todos nuevamente se abocó a la resolución mocionada por Lee, el 1ro de julio, solo nueve colonias votaron a favor de ella (los cuatro estados de Nueva Inglaterra más Nueva Jersey, Maryland, Virginia, Carolina del Norte y Georgia). Carolina del Sur y Pensilvania se oponían a la propuesta. Los dos delegados de Delaware se dividieron y Nueva York se abstuvo debido a que sus instrucciones (dadas doce meses atrás) los prohibía de aprobar cualquier cosa que impedía la reconciliación con la madre patria. Edward Rutledge entonces pidió al Congreso que se pospusiera la decisión hasta el día siguiente, pues pensaba que Carolina del Sur cambiaría su voto "por la unanimidad". Cuando el Congreso volvió a votar el 2 de julio, los nueve votos afirmativos del día anterior se habían vuelto doce: No solo Carolina del Sur votó a favor, sino que Delaware – el arribo de Caesar Rodney rompió el empate en la votación de esa delegación – y Pensilvania lo hicieron. Solo Nueva York se abstuvo. Solo el 9 de julio permitiría que sus delegados se adhiriesen a la aprobación de las otras doce colonias, lamentándose aún por la "cruel necesidad" que hacía que la independencia fuese "inevitable".

Una vez que la independencia fue adoptada, el Congreso nuevamente se reunió en un Comité de Todos. Entonces, tomó la mayor parte de los dos días siguientes en editar el borrador de la declaración presentada por el Comité de los Cinco, re-escribiendo o eliminando grandes porciones del texto. Finalmente, el 4 de julio, el Congreso aprobó la Declaración revisada y ordenó que fuese impresa y enviada a los estados y a los oficiales comandantes del Ejército Continental. Al anunciar formalmente y justificar el fin del dominio británico, ese documento, como lo explicaban las cartas del presidente del Congreso, John Hancock, ponían "la Base y Cimientos" del auto-gobierno americano. Consecuentemente, la Declaración no solo debía proclamarse ante las tropas americanas con la esperanza de que esta les inspirase a luchar con mayor ahínco por lo que ahora era la causa de la libertad y de la independencia nacional sino a lo largo y ancho del país, y "de Modo tal, que la Gente pueda estar universalmente informada".

No fue sino cuatro días después que un comité del Congreso – no el Congreso como tal – logró enviar una copia de la Declaración a su emisario en París, Silas Deane, con órdenes de presentarla en la corte de Francia y enviar copias a "las otras cortes de Europa". Desdichadamente, la carta original se perdió y la siguiente no pudo llegar a Deane antes de noviembre, cuando las noticias de la independencia de Norteamérica ya habían circulado por meses. Para empeorar las cosas, llegó con una breve nota del comité y en un sobre sin sello, un modo negligente y descuidado, se quejaba Deane, de anunciar la llegada de los Estados Unidos al concierto de poderes de la tierra a "los antiguos y poderosos estados". A pesar de la referencia que la Declaración hacía a las "opiniones de la humanidad", era evidente que estaba elaborada primera y primordialmente para una audiencia local.

A tiempo que las copias de la Declaración se diseminaban por los estados y se leían públicamente en las reuniones de los pueblos, servicios religiosos, audiencias de corte o doquiera se reunía la gente, los norteamericanos marcaban la ocasión con rituales apropiados para la ocasión. Encendían grandes fogatas, "iluminaban" sus ventanas con velas, realizaban disparos, repicaban sus campanas, destruían y desgarraban los símbolos de la monarquía que estaban en los edificios públicos, iglesias o avisos de tabernas y colocaban en las paredes de sus casas copias grandes o copias de periódico de la Declaración de Independencia.

Pero, ¿qué se estaba celebrando exactamente? La noticia, no el instrumento que la brindaba; la independencia y la asunción del auto-gobierno, no el documento que anunciaba la decisión congresal de romper lazos con Gran Bretaña. Considerando la reverencia que la Declaración de Independencia ganaría en años posteriores en la mente y corazón de la gente, es casi increíble la desatención a esta en los primeros años de la nueva nación. Un periódico colonial deslucía las extensas acusaciones de la Declaración contra el rey como sólo una "recopilación de injurias" más, una de una serie, y no especialmente notable al compararla con "catálogos de agravios" anteriores. Citas de la Declaración usualmente eran tomadas del último párrafo de esta, que decía que las colonias unidas "son y por derecho deberían ser estados Libres e Independientes", que "no le deben Lealtad a la Corona británica", -- palabras de la resolución de Lee que el Congreso había incluido en el borrador del comité. La Independencia era algo nuevo; el resto de la Declaración parecía demasiado familiar para los norteamericanos, una re-declaración de lo que ellos y sus representantes ya habían dicho muchas veces.

Sin embargo, desde un principio la adopción de la independencia fue confundida con la declaración. Las diferencias en el significado de la palabra declarar contribuyeron a la confusión. Antes de la emisión de la Declaración de Independencia – de hecho, mientras todavía el Congreso se hallaba corrigiendo el borrador presentado por Jefferson – Los periódicos de Pensilvania ya anunciaron que el 2 de julio el Congreso Continental había "declarado a las Colonias Unidas Estados Libres e Independientes". Con ello, simplemente quería decir que el Congreso había aceptado esa condición. Varios periódicos en otras colonias repetían la historia. Años más tarde, "el Aniversario de los Estados Unidos de Norteamérica" comenzó a celebrarse en la fecha en que el Congreso había aprobado la Declaración de Independencia. Al parecer, eso comenzó por accidente. En 1777, ningún miembro del Congreso se había acordado en absoluto acerca de marcar el aniversario de la independencia hasta el 3 de julio, cuando ya era demasiado tarde para honrar el 2 de julio. Consecuentemente, la celebración se hizo el Cuatro y esa se convirtió en la tradición. En un principio, más de un delegado hablaba de "celebrar el Aniversario de la Declaración de Independencia", pero, luego de pocos años, el hacer referencia al aniversario de la independencia o a la Declaración parecía ser prácticamente intercambiables.

Los relatos sobre los eventos en Filadelfia el 4 de julio de 1777, hablan mucho de la música que tocaba una banda de soldados alemanes mercenarios que habían sido capturados en la Batalla de Trenton el diciembre anterior, y la "espléndida iluminación" de las casas, pero hacía poca mención a la Declaración. A fines de los 1770 y la década de los 1780, el Cuatro de Julio no era celebrado con regularidad; en realidad, ese feriado parecía haber declinado en popularidad una vez que la Guerra Revolucionaria había concluido. Sin embargo, cuando sí se lo celebraba, las festividades casi nunca, o nunca – a juzgar por las noticias de los periódicos de la fecha – incluían la lectura pública de la Declaración de Independencia. Era

como si dicho documento ya había cumplido su labor de llevar la noticia de la independencia a la gente y que ni precisaba y merecía mayor conmemoración. No había mención del papel de Thomas Jefferson en su redacción, pues esa información aún no era pública y no había opinión alguna de que la Declaración por sí misma, como luego la posteridad lo haría, era inusualmente elocuente y poderosa.

De hecho, uno de los pocos comentarios públicos sobre las cualidades literarias del documento apareció en un artículo de un periódico de Virginia sobre el discurso de 1777 de John Wilkes, radical inglés que respaldaba por ya bastante tiempo a los norteamericanos, dado en la Cámara de los Comunes, Inglaterra. Wilkes se puso a responder a un colega del Parlamento que había atacado a la Declaración de Independencia, tildándola de "una composición pésima, mal escrita, redactada con la idea de cautivar a la gente". Curiosamente, Wilkes parecía concordar con dicha descripción. El objetivo del documento, dijo, era precisamente cautivar a los norteamericanos, que no se veían muy impresionados por las "refinadas pausas, las expresiones armoniosas y alegres, con toda la gracia, facilidad y elegancia de una gran dicción" que el hombre inglés valoraba. Lo que les gustaba, en cambio, era el "sentido viril, nervioso... aun en el más torpe y tosco lenguaje".

Todo comenzó a cambiar en la década de 1790, cuando, en medio de los amargos conflictos partidarios, el entendimiento y reputación modernos de la Declaración de Independencia emergieron por primera vez. Hasta ese entonces, las celebraciones del Cuatro estaban controladas por los nacionalistas que hallaron un hogar en el partido Federalista, y su anterior desatención a la Declaración se hizo más dura hasta ser una hostil rigidez después de 1790. El carácter anti-británico del documento era una vergüenza para los federalistas que querían un nuevo acercamiento económico y diplomático a Gran Bretaña. El lenguaje de igualdad y derechos en la Declaración era distinto al de la Declaración de los Derechos del Hombre de la Asamblea Nacional Francesa en 1789, no obstante, seguía pareciendo muy "francés" a los ojos de los federalistas, quienes, luego de la ejecución de Luis XVI y el inicio del Terror, perdieron toda la simpatía para con la Revolución Francesa que anteriormente habían tenido. Asimismo, vieron, comprensiblemente, que lo mejor era no decir mucho sobre un texto norteamericano fundamental que había sido redactado por un líder del partido opositor republicano.

Fue entonces, que los republicanos comenzaron a celebrar la Declaración de Independencia como un "instrumento imperecedero" escrito por "el inmortal Jefferson". Los republicanos se consideraban a sí mismos los defensores de la República Norteamericana de 1776 contra la subversión de los "monarquistas pro-británicos", y tenía la esperanza de que al recordar las causas de la independencia, harían que sus compatriotas sean muchos más precavidos en sus tratos con Gran Bretaña. También se hallaban muy complacidos de identificar los principios fundamentales de la Revolución Norteamericana con aquellos de la hermana república de Francia. En las celebraciones del cuatro de julio, los republicanos leían la Declaración de Independencia y sus periódicos la reimprimían. Adicionalmente, la atención, que previamente había sido enfocada a la última parte de la Declaración, en sus manos cambió hacia sus párrafos introductorios y las "verdades auto-evidentes" que declaraba. La Declaración, como lo puso un periódico republicano el 7 de julio de 1792, no debía ser celebrada simplemente por "el efecto de la separación de un país de la jurisdicción de otro"; tenía un significado duradero para los gobiernos establecidos, pues ofrecía una "definición de los derechos del hombre y el fin del gobierno civil".

Los federalistas respondieron que Jefferson no había estado solo en la redacción de la Declaración. El comité de redacción – que incluía a John Adams, federalista – también había contribuido a su creación. El papel de Jefferson, de "escribano que puso la Declaración en tinta", no había sido tan distinguido como sus seguidores afirmaban. Los federalistas redescubrieron similitudes entre la Declaración y el Segundo Tratado de Gobierno de Locke que Richard Henry Lee había notado hacía ya bastante tiempo y las utilizaron para argumentar que inclusive la "pequeña parte de ese memorable instrumento" que podía atribuirse a Jefferson "la había robado de los Ensayos de Locke". Sin embargo, luego de la guerra de 1812, el partido federalista se perdió de vista, y, con él, los esfuerzos de menoscabar la Declaración de Independencia.

Cuando un nuevo sistema partidario se formó a fines de los 1820 y en los 1830, tanto los Whigs como los Jacksonistas pretendían descender de Jefferson y su partido y, por tanto, aceptaron la vieja postura republicana sobre la Declaración y el papel glorioso que le tocó jugar en su creación a Jefferson. También, para ese entonces una nueva generación de norteamericanos había madurado y tomaba a la preservación de la historia revolucionaria de la nación como su misión particular. Sus esfuerzos, y su actitud de reverencia con respecto a los revolucionarios y su obra también colaboraron a establecer a la Declaración de la Independencia como un importante icono de la identidad norteamericana.

El cambio fue súbito. Hasta enero de 1817, John Adams decía que su país no tenía interés en su pasado. "No observo disposición para celebrar o recordar, ni siquiera la Curiosidad de informarse sobre los Caracteres, Acciones o Eventos de la Revolución", había escrito el artista John Trumbull. Sin embargo, algo más de un mes después, el Congreso comisionó a Trumbull para que produjera cuatro cuadros grandes en conmemoración de la Revolución, a ser colgados en la rotonda del nuevo Capitolio Norteamericano. Para Trumbull, el más importante de la serie de cuadros y al cuál se abocó primero, era la Declaración de Independencia. Basó su trabajo en un cuadro más pequeño que había hecho entre 1786 y 1793, el cuál mostraba al comité redactor presentando su obra al Congreso. Cuando el nuevo cuadro de doce por dieciocho pies estuvo completo en 1818, Trumbull lo exhibió a grandes multitudes en Boston, Filadelfia y Baltimore antes de enviarlo a Washington; es más, La Declaración de Independencia fue el cuadro más popular de todas las pinturas que Trumbull hizo para el Capitolio.

Poco después, se publicaban y vendían rápidamente copias del documento, lo que seguramente inspiró al Secretario de Estado John Quincy Adams a contar con un facsímil exacto de la Declaración, el único, hecho en 1823. El Congreso la había distribuido por todo el país. Los libros comenzaron, entonces, a aparecer: la biografías coleccionadas de los firmantes de la Declaración en nueve volúmenes por Joseph M. Sanderson (1823-27) o en uno solo por Charles A. Goodrich (1831), biografías completas de revolucionarios particulares, frecuentemente escritas por sus descendientes haciendo uso de documentos familiares, y colecciones de documentos revolucionarios editadas por figuras notables como Hezekiah Niles, Jared Sparks y Peter Force.

Los esfuerzos posguerra por preservar los recuerdos y registros de la Revolución se hicieron en un ánimo que bordeaba el pánico. Muchos documentos quedaron en manos privadas y gradualmente fueron separados unos de otros y terminaron perdiéndose. Peor aun, muchos revolucionarios ya habían muerto, llevándose consigo preciosos recuerdos que quedarían perdidos para siempre. La presencia de quienes quedaban de la generación revolucionaria parecía ser muy importante para la preservación de las tradiciones, que los norteamericanos veían ansiosamente como sus números se reducían. Estas actitudes hicieron su primera aparición en la década anterior a 1826, el cincuenta aniversario de la independencia, pero persistieron hasta la Guerra Civil. En 1864, el reverendo Elias Brewster Hillard anunció que solo siete personas de las que habían luchado en la Guerra de la Revolución estaban aún con vida y se apresuró para entrevistar y tomar fotografías de aquellos "hombres venerables y sagrados" para beneficio de la posteridad. "La presente es la última generación que estará conectada por lazos vitales con el gran período en el que se logró nuestra independencia nacional", había escrito en la introducción de su libro *Los Últimos Hombres de la Revolución*. "Los nuestros son los últimos ojos que verán a hombres que vieron a Washington; nuestros oídos son los últimos que oirán las voces vivientes de aquellos que oyeron las palabras de Washington. De aquí en más, la Revolución Americana se conocerá entre las personas tan solo mediante el registro silencioso de la historia".

La mayoría de las personas que Hillard entrevistó habían jugado modestos roles en la Revolución. Sin embargo, a principios de los 1820, John Adams y Thomas Jefferson seguían vivos. Como los únicos miembros con vida del comité que había redactado la Declaración de Independencia, atrajeron un mar de atención extraordinaria. Los peregrinos, invitados o no, se atiborraron en Monticello, con la esperanza de lograr un vistazo del autor de la Declaración. Muchos se volvieron una molestia. Se dice que inclusive una mujer rompió el vidrio de una ventana para poder ver mejor al anciano. Como luego lo diría un apologista después de la muerte de tanto Adams como Jefferson, milagrosamente, un 4 de julio de 1826, el mundo



no había esperado a que la muerte "santificase" sus nombres. Aun cuando estaban vivos, sus hogares se convirtieron en "altares" a los cuáles llegaban "de todas partes" los amantes de la libertad y admiradores del genio.

En realidad, Adams estaba ofendido por la celebridad de Jefferson como el redactor de la Independencia. La redacción de la Declaración de Independencia, creía él, había asumido una importancia exagerada. Jefferson posiblemente estaba de acuerdo, él también se había expresado a un corresponsal contrario a darle mucho énfasis a la "composición en sí". La Declaración, decía el Sr. Jefferson, no había sido ni había tenido la intención de ser una creación original ni novedosa; su tarea había sido la de producir "una expresión del pensamiento norteamericano y dar a esa expresión el tono y espíritu apropiados para la ocasión".

Sin embargo, Jefferson jugó un rol muy importante en el rescate de la Declaración de la oscuridad y convertirla en un evento distintivo y definitorio de la "época heroica" de la revolución. Fue él quien sugirió primero que el joven John Trumbull pintase La Declaración de Independencia. El primer bosquejo que Trumbull hizo de su famosa obra comparte, en parte, con un bosquejo hecho por Jefferson, dibujado en París, en el año 1786, que mostraba el salón de asambleas en la Casa del Estado de Pensilvania, que ahora se recuerda como Hall de la Independencia. La pintura de Trumbull de dicha escena siguió cuidadosamente el bosquejo de Jefferson, el cuál, Trumbull descubriría más tarde para su consternación, incluía inexactitudes arquitectónicas.

Jefferson se pasaba hora tras hora respondiendo, extensamente, las cartas que le llegaban, las cuáles, dijo, sumaron 1.267 en 1820, muchas de las cuáles hacían preguntas sobre la Declaración y su creación. Desdichadamente, sus respuestas, al igual que el bosquejo que hizo para Trumbull, fueron inexactas en varios de sus detalles. Aun su recuento del proceso de redacción, descrito en una importante misiva a James Madison en 1823, que ha sido aceptada por muchas autoridades, entra en conflicto con una nota que él mismo envió a Benjamín Franklin en junio de 1776. Jefferson olvidó, en suma, cuan sustancial fue el papel de los otros miembros del comité de redacción en poner la Declaración en un marco y ajustar su texto antes de ser presentada al Congreso.

Ciertamente, Jefferson, en sus últimos años, halló un gran consuelo en el hecho de que él había sido, como ordenó que se inscribiera en su tumba, "el Autor de la Declaración de la Independencia Norteamericana". Más que nada que hubiera hecho, ese papel finalmente justificó su vida. Ese rol compensó la amargura que sufrió en tiempos de la crisis de Missouri, cuando todo lo que la Revolución había logrado parecía estar en peligro, amargura que luego fue alimentada por los problemas en la Universidad de Virginia, su salud que se deterioraba y sus problemas financieros tan serios que temía perder su querida casa, Monticello (dichos problemas, eventualmente, no le permitieron liberar a más de un puñado de esclavos con su muerte). La Declaración, como le había escrito a Madison, era el "acto fundamental de la unión de estos Estados", un documento que debería ser recordado "para guardar con adoración los principios expuestos en dicho instrumento en el seno de nuestros propios ciudadanos". Nuevamente, él interpretó la re-publicación de la Declaración por parte del Gobierno como una "promesa de adhesión a sus principios y a la determinación sagrada de mantenerlos y perpetuarlos", lo cuál denominó "objetivo sagrado".

Pero, ¿a qué principios se refería? Aquellos en el segundo párrafo de la Declaración, que él comprendía tal como lo comprendieron en 1776 – como una afirmación primeramente del derecho a la revolución. Jefferson redactó la larga oración que comenzaba por "Afirmamos que estas verdades son auto-evidentes" en un estilo retórico del Siglo XVIII bastante reconocido por el cuál una frase se apilaba encima de otra y cuyo significado global solo resultaba claro al final de la oración. La secuencia finalizó con la afirmación del "Derecho de la Gente a alterar o abolir" cualquier gobierno que hubiese fracasado en asegurar sus derechos inalienables y a instituir una nueva forma de gobierno con mayores probabilidades de "hacer efectiva su Seguridad y Felicidad". Ese era el derecho que los norteamericanos estaban ejerciendo en julio de 1776, y no parecía ser menos relevante en los 1820, cuando los movimientos revolucionarios se

propagaban por Europa y Latinoamérica. El ejemplo norteamericano llegaría a ser, como Jefferson lo puso en su última carta, “una señal que incite a los hombres a romper las cadenas bajo las cuáles la ignorancia monástica y la superstición los había persuadido a vivir y asumir las bendiciones y seguridad del autogobierno”.

Sin embargo, otros enfatizaron en las frases iniciales de la oración que comenzaba el segundo párrafo de la Declaración de Independencia, específicamente “la afirmación memorable de que ‘todas las personas han sido creadas iguales, que su Creador les ha otorgado ciertos derechos inalienables y que para asegurar estos derechos, se instituyen gobiernos entre las personas, que derivan sus poderes justos del consenso de los gobernados’”. Ese pasaje, afirmó el encomiasta John Sergeant en Filadelfia en julio de 1826, fue el “texto de la revolución”, el “principio vital que gobierna” y que inspiró a las personas de los 1770, quienes “vieron hacia el futuro, más allá de las generaciones por venir y vieron estampados sobre todas sus instituciones los grandes principios establecidos por la Declaración de Independencia”. En Hallowell, Maine, otro encomiasta, Peleg Sprague, de modo similar describió la Declaración de Independencia como una declaración “de toda la gente, sobre... la igualdad natural de la raza humana, como el verdadero fundamento de todas las instituciones políticas y humanas”.

De ese modo, una interpretación de la declaración que había surgido en los 1790 se hizo cada vez más repetida. Sin embargo, la igualdad que Sergeant y Sprague enfatizaron no se había sido afirmada por primera vez en la Declaración de Independencia. Aun antes que el Congreso publicara su Declaración, varios documentos revolucionarios ya habían asociado la igualdad a una nueva república norteamericana y mostraban suficientes significados diferentes del término – igualdad de derechos, igualdad de acceso a cargos públicos, igualdad del poder de votación – para mantener a los norteamericanos ocupados clasificándolos y luchando contra las prácticas desiguales hasta un futuro distante. De hecho, Jefferson adaptó las frases iniciales más recordadas del segundo párrafo de la Declaración de un borrador de la Declaración de Derechos de Virginia, escrito por George Mason y revisado por un comité de la convención de Virginia, que apareció en la Gaceta de Pensilvania el 12 de junio de 1776, un día después de que el Comité de los Cinco había sido designado y probablemente su primer día de reunión. Jefferson comenzó con el borrador de Mason, que luego pudo gradualmente afinar para lograr una declaración más comprimida y elocuente. Por ejemplo, tomó la declaración de Mason de que “todas las personas nacen igualmente libres e independientes”, la rescribió para que leyese “son creadas iguales e independientes”, y luego quitó “e independientes”.

Jefferson no fue el único en adaptar el texto de Mason para sus propósitos. La convención de Virginia revisó el borrador de Mason antes de promulgar la Declaración de derechos de Virginia, que decía que todas las personas eran “por naturaleza” igualmente libres e independientes. Varios otros estados – incluyendo Pensilvania (1776), Vermont (1777), Massachussets (1780) y Nueva Hampshire (1784) – se mantuvieron más cercanos al tenor del borrador de Mason, habiendo incluido en sus declaraciones de derechos las afirmaciones de que las personas “nacen iguales y libres” o “nacen igualmente libres e independientes”. Sin embargo, distintas a la Declaración de Independencia, las declaraciones de derechos de los estados se convirtieron en obligatorias (después de un período inicial de confusión). Los primeros esfuerzos de los norteamericanos por aclarar el significado de igualdad escrito en sus documentos de fundación se dieron a nivel de los estados.

En Massachussets, por ejemplo, varios esclavos obtuvieron su libertad en los 1780 al presentar sus argumentos ante la Corte Suprema Judicial del estado de que la previsión en las declaraciones de derechos del estado sobre que todas las personas nacían libres e iguales hacía que la esclavitud sea ilegal. Más tarde, en el famoso caso del Estado contra Aves (1836), el Juez Lemuel Shaw dictaminó que esas palabras eran suficientes para terminar con la esclavitud en Massachussets, que ciertamente sería difícil encontrar otras que estuvieran “más precisamente adaptadas para abolir la esclavitud del negro”. Los norteamericanos blancos también hallaron útiles las previsiones sobre la igualdad en sus declaraciones estatales de derechos. En la convención constitucional de Virginia de 1829-1830, por ejemplo, un delegado de la parte occidental trans-Apalache, John R. Cooke, citó el “instrumento sagrado” en la

Declaración de Derechos de Virginia contra el sistema estatal de representación igual de los condados en el congreso, sin importar su población, y la imposición de una calificación de propiedad para poder votar. Ambos sistemas daban un poder desproporcionado a la gente en la parte oriental del estado. Los redactores de la constitución de Virginia de 1776 permitieron la persistencia de estas prácticas a pesar de que contravenían la igualdad afirmada en la Declaración de Derechos, Cooke dijo, porque existían límites a cuántas cosas se animaban a cambiar “en medio de la guerra”. Por lo tanto, dejaron a la posteridad la resolución de la incongruencia “tan pronto hubiera tranquilidad para hacerlo”. En manos de hombres como Cooke, la Declaración de Derechos de Virginia se convirtió en un programa práctico de reforma a realizarse con el tiempo, tal como la Declaración de Independencia se convertiría en lo propio para Abraham Lincoln.

Pero, ¿por qué una persona, si los estados tenían declaraciones de obligatoriedad legal sobre la igualdad de las personas, debería recurrir a la Declaración de Independencia? Porque no todos los estados contaban con una declaración de derechos y no todas las declaraciones de derechos que existían incluían declaraciones sobre la igualdad. Asimismo, ni la Constitución federal ni la Declaración federal de Derechos afirmaba la igualdad natural entre las personas o su posesión de derechos inalienables o el derecho de la gente a rechazar o cambiar a su gobierno. Como resultado, los contendientes de la política nacional que creían que esos viejos principios revolucionarios eran útiles tenían que citar la Declaración de Independencia. Era lo único que tenían.

La altura sagrada que se le otorgó a la declaración después de 1815 la hizo altamente útil para aquellas causas que pretendían tomar los altos niveles morales para el debate público. A partir de aproximadamente 1820, los trabajadores, granjeros, los defensores de los derechos de la mujer y otros grupos persistentemente utilizaron a la Declaración de Independencia para justificar su búsqueda de igualdad y su oposición a la “tiranía” de los propietarios de fábricas o ferrovías o las grandes corporaciones o la estructura del poder machista. Y fue especialmente fácil para los oponentes a la esclavitud citar a la Declaración a favor de su causa. Las declaraciones de igualdad del siglo dieciocho se referían a las personas en el estado natural, antes de la creación de los gobiernos y afirmaban que ninguna persona podía adquirir autoridad legítima sobre otros sin el consentimiento de estos. Así, un sistema de esclavitud en el cual unas personas nacían como objetos y, de hecho, propiedad de otras estaba profundamente errado. En resumen, el mismo principio que negaba a los reyes el derecho de gobernar por herencia por sí solo negaba el derecho de los amos a ser dueños de esclavos cuya condición se determinaba por nacimiento y no por elección. La relación de la Declaración de Independencia con la causa contra la esclavitud se comprendió desde un principio – lo cual explica el por qué los actos emancipatorios graduales, como los que se dieron en Nueva York y Nueva Jersey, sucedieron el 4 de julio de 1799 y 1804 y por qué la rebelión de Nat Turner se planificó originalmente para el 4 de julio de 1831.

Sin embargo, aún en el siglo dieciocho, las afirmaciones del nacimiento igual de las personas provocó disenso. A tiempo que el tema de la esclavitud se tornaba cada vez más polémico, las negativas a que las personas eran naturalmente iguales se multiplicaron. John Tyler, durante los debates de Missouri de 1820, insistió que las personas no eran creadas iguales en Virginia: “No, señor, ese principio, a pesar de ser hermoso, no podía eliminar aquellas distinciones en la sociedad, que esta misma engendra y da vida”. Seis años después, John Randolph, el auto-estilizado, amargado, aristócrata de Virginia dijo de la noción de la creación igual de las personas que era “una falsedad, y una falsedad muy perniciosa, a pesar de que la encuentro en la Declaración de Independencia”. Las personas nacían en una condición de “total vulnerabilidad e ignorancia” y, por lo tanto, eran dependientes de otros desde un principio. No había “una sola palabra de verdad” en la noción de que las personas eran creadas iguales, repetía John C. Calhoun de Carolina del Sur en 1848. Las personas no podían sobrevivir, mucho menos desarrollar sus talentos, por sí solos; el estado político, en el cual algunos ejercían la autoridad y otros obedecían, era de hecho el “estado natural” de las personas, en la que la persona “nace, vive y muere”. Por mucho tiempo la doctrina “falsa y peligrosa” de que las personas eran creadas iguales se quedó en estado latente, pero a fines de los 1840 los norteamericanos comenzaron a “experimentar el peligro de haber admitido un error tan



grande... en la declaración de independencia”, donde había sido incluido sin necesidad, dijo Calhoun, dado que la separación de Gran Bretaña pudo haberse justificado sin este.

Cinco años después, en debates en el Senado sobre la Ley de Kansas-Nebraska, John Pettit, de Indiana pronunció sus ampliamente citadas declaraciones de que esta “verdad auto-evidente” sobre la igualdad de la creación de las personas era en realidad una “mentira auto-evidente”. El Senador Benjamín Franklin Wade, un franco opositor a la esclavitud conocido por su estilo vituperativo e intenso patriotismo, salió al frente a la réplica. Quizás el primer y segundo nombres de Wade le daban una conexión especial con la Declaración y sus creadores. La “gran declaración les costó mucho a nuestros ancestros”, dijo, para ser tan “fácilmente descartada por sus hijos”. Sin sus inspiradores principios los norteamericanos no podrían haber logrado su independencia; pues las “grandes verdades” en ese “instrumento inmortal”, la Declaración de Independencia, para la generación de revolucionarios “valían la pena el sacrificio de todo lo demás en la tierra, aun de la vida”. Entonces, ¿cómo eran las personas iguales? No, ciertamente, en poder físico o intelectual. La “buena y antigua declaración” decía “que todas las personas son iguales y tienen derechos inalienables; es decir, iguales en cuestión de derecho; de que ninguna persona tiene el derecho de pisotear a otra”. Donde esos derechos se les hubiera conculcado a las personas por medio de la fuerza o el fraude, la justicia demanda que se restauren con premura”.

Abraham Lincoln, un abogado de cuarenta y cuatro años poco conocido de Springfield, Illinois, que había servido un período en el Congreso antes de que lo saquen del puesto, leyó estos debates, que le despertaron el ánimo más que nada anterior, y comenzó a recolectar los girones de su carrera política. Al igual que Wade, Lincoln idealizaba a los próceres de la Revolución Americana, que para él eran “un bosque de robles gigantes”, “una fortaleza de poder”, “hombres de hierro”. También compartía la preocupación profunda de sus contemporáneos a tiempo que la “artillería silenciosa del tiempo” removía de este mundo tanto a estos hombres como a “la historia viviente” que encarnaban. Sin embargo, antes de la década de los 1850, Lincoln parece no haber tenido mucho interés por la Declaración de Independencia. Luego, súbitamente, ese documento y su afirmación de que todas las personas eran creadas iguales se constituyeron en su “antigua fe”, “el padre de todos los principios morales”, un “axioma” de la sociedad libre. Fue provocado por los ataques de hombres como Pettit y Calhoun e hizo suyos los argumentos de aquellos que defendieron la Declaración, tal como Jefferson hizo lo propio con el texto de Mason, reelaborando las ideas de discurso en discurso, impulsando su lógica y, eventualmente, en Gettysburg en 1863, llegando a una declaración simple de profunda elocuencia. Con el tiempo, su comprensión de la Declaración de Independencia se convertiría en la de la nación.

La postura de Lincoln emergió en toda su dimensión y poder durante sus debates con el Senador Stephen Douglas de Illinois, un Demócrata que había propuesto la Ley de Kansas-Nebraska y cuyo curul Lincoln buscaba en 1858. Eran una pareja dispareja, Douglas y Lincoln, tan distintos físicamente – Douglas de parado solo le llegaba a los hombros a Lincoln – como lo eran en estilo. Douglas gustaba de vestir ropa confeccionada a medida y Lincoln casi nunca cubría sus extremidades. Douglas era en general el orador más pulcro y Lincoln a veces daba vueltas, perdiendo el punto que intentaba enfatizar y perdiendo a su audiencia, aunque, a veces, especialmente si contaba con un texto preparado, podía también ser un poderoso orador. La mayor diferencia entre ellos, sin embargo, estribaba en sus posturas sobre el futuro de la esclavitud y el significado de la Declaración de Independencia.

Douglas defendía la Ley de Kansas-Nebraska, que autorizaba a la gente de esos estados a permitir la esclavitud dentro de sus fronteras, en coherencia con su herencia revolucionaria. Después de todo, al instruir a sus delegados a votar por la independencia, cada estado retuvo explícitamente su derecho a definir sus instituciones domésticas. Además, la Declaración de Independencia no traía implicaciones sobre la esclavitud, ya que su declaración sobre la igualdad sólo hacía referencia a las personas blancas. De hecho, Douglas afirmaba, solo significaba que los colonos norteamericanos de descendencia europea tenían derechos iguales a los súbditos de la Corona de Gran Bretaña. Los signatarios de la declaración no estaban pensando en “el negro o... los indios salvajes, o los fiji, o los malayos, u otra raza inferior o degradada”. De otro modo, hubieran estado obligados por el honor a liberar a sus esclavos, lo que ni

Thomas Jefferson hizo. La Declaración tenía un solo propósito: explicar y justificar la independencia americana.

Para Lincoln, el razonamiento de Douglas dejaba solo en una "ruina deforme" a la Declaración de Independencia, cuyas "palabras simples e inequívocas" decían que "todas las personas" habían sido creadas iguales. Al afirmar que los gobernantes derivaban su "poder justo del consentimiento de los gobernados", la Declaración también decía que no había una sola persona que pudiera gobernar sobre otros de modo justo sin su consentimiento. Si, entonces, "los negros son personas", ¿no era acaso una destrucción total del auto-gobierno decir que los negros no podían gobernarse a sí mismos?" El gobernar sobre otra persona sin su consentimiento era "despotismo". Por otro lado, el confinar el significado de la Declaración a la gente británica de 1776 negaba su significado amplio, atacaba Lincoln, no solo para las "razas inferiores" de Douglas, sino para los franceses, irlandeses, alemanes, escandinavos y otros inmigrantes que habían llegado a Norteamérica después de la Revolución. Para ellos, la promesa de la igualdad relacionaba a los nuevos norteamericanos con la generación de fundadores; existía un "cable eléctrico" que los unía a la nación "como si fuera sangre de la misma sangre, carne de la misma carne de las personas que habían redactado la Declaración", y que, por ello, constituían un pueblo hecho de muchos. Lincoln creía que la Declaración "contemplaba la mejora progresiva de las condiciones de todas las personas en todas partes". Si, en lugar de ello, era solo un justificativo de la independencia "sin el germen o aun la sugerencia de los derechos individuales de las personas", el documento no era "de ningún valor práctico hoy – sólo basura – un rollo viejo que debía rotar en el campo de batalla luego del logro de una victoria", un "memorial interesante del pasado muerto... despojado de su vitalidad y su valor práctico".

Como Wade, Lincoln negaba que los signatarios hubieran querido decir que todas las personas habían sido creadas iguales en "todos los aspectos", incluyendo "color, tamaño, intelecto, desarrollos morales o capacidad social". También él le daba sentido a la afirmación de la Declaración sobre la igualdad en la creación de las personas omitiendo las siguientes afirmaciones separadas sobre los derechos. Los signatarios, insistía, dijeron que todas las personas eran iguales en ciertos "'derechos inalienables'... Eso dijeron y eso quisieron decir". Como John Cooke en Virginia tres décadas antes, Lincoln creía que los Fundadores habían permitido la continuación de prácticas opuestas a sus principios por motivos de necesidad: el establecimiento de la Constitución requería que la esclavitud continúe en los estados originales que eligieron conservarla. "No hubiéramos podido garantizar el bien que logramos si hubiésemos buscado más", pero aquello no "destruía el principio que es la declaración de nuestras libertades". Tampoco significaba que la esclavitud debía permitirse en estados que no hubieran estado organizados aún en 1776, como Kansas y Nebraska.

Nuevamente, como Cooke, Lincoln proclamó que los autores de la Declaración comprendieron su segundo párrafo como el establecimiento de un estándar para las personas libres cuyos principios debían lograrse "tan pronto como las circunstancias... lo permitiesen". Ellos deseaban que el estándar le sea familiar a todos y sea reverenciado por todos; constantemente admirado y que se trabaje constantemente en pos del mismo, y aun cuando nunca fuese perfectamente alcanzado, que constantemente nos aproximemos a él y, por lo tanto, constantemente lo difundamos y profundicemos su influencia, aumentando la felicidad y el valor de la vida para toda la gente de todos los colores en todas partes". "Honor a Jefferson", Lincoln escribió en una carta de 1859, "al hombre que... tuvo la visión y capacidad de incorporar en un documento meramente revolucionario, una verdad abstracta, aplicable a todas las personas y a todas las épocas, y que lo dejase oleado en ese documento", donde quedaría "como reproche y obstáculo para los mismísimos heraldos de la reaparición de la tiranía y la opresión".

Jefferson y los miembros del Segundo Congreso Continental no vieron lo que hacían el 4 de julio de 1776 precisamente de ese modo. Para ellos, era suficiente que la Declaración fuese "meramente revolucionaria". Empero, aun si la historia de Douglas era más exacta, la lectura que hacía Lincoln de la Declaración estaba mejor preparada para las necesidades de la República a mediados del siglo diecinueve, cuando el estándar de revolución había pasado a los secesionistas sureños y a los abolicionistas radicales

quienes también pregonaban la desunión. En manos de Lincoln, la Declaración se convirtió primera y más importantemente en el documento viviente para una sociedad establecida, una serie de objetivos a realizar en el tiempo, el sueño de “algo mejor que un mero cambio de gobernantes” que explicaba por qué “nuestros antecesores” habían luchado y sufrido hasta lograr vencer en la Guerra Revolucionaria. En la Guerra Civil, Lincoln dijo al Congreso el 4 de julio de 1861 que el Norte luchaba no solo por salvar a la Unión sino para preservar una forma de gobierno “cuyo propósito principal es el de elevar la condición de las personas – levantar los pesos artificiales de sus hombros – limpiar las vías de una búsqueda laudable de todas las personas”. La rebelión a la que la Declaración se oponía era básicamente un esfuerzo “por derrocar al principio de que todas las personas son creadas iguales”. Así, la victoria de la Unión en Gettysburg en 1863 fue para él una reivindicación de su propuesta, a la que los padres de la patria se habían comprometido en 1776, y un desafío para completar el “trabajo inconcluso” de los muertos de la Unión y llevar a “esta nación, bajo Dios, a un nuevo nacimiento a la libertad”.

El Discurso de Gettysburg de Lincoln declaraba breve y elocuentemente las convicciones que él había desarrollado en la década anterior, convicciones que punto por punto hacían eco de anteriores norteamericanos con similares afirmaciones: los republicanos de los 1790, los encomiastas Peleg Sprague y John Sergeant en 1826, John Cooke en la Convención de Virginia años después, Benjamín Wade en 1853. Lincoln conoció a algunos de estos hombres; otros le eran desconocidos, pero también habían intentado comprender las implicancias prácticas de su herencia revolucionaria y siguieron la misma lógica hasta las mismas conclusiones. La Declaración de Independencia que Lincoln dejó no fue la Declaración de Jefferson, aunque Jefferson y otros revolucionarios compartían los valores que Lincoln y otros enfatizaron: la igualdad, los derechos humanos, el gobierno por consentimiento. Tampoco la Declaración que dejó Lincoln era totalmente creación suya. Era “una expresión del pensamiento norteamericano”, por supuesto no era lo que todos los norteamericanos creían, sino los que muchos habían aceptado. Y sus implicaciones siguieron evolucionando luego de la muerte de Lincoln. En 1858 él había escrito que el lenguaje de la Declaración de Independencia se hallaba en contra de la esclavitud pero no precisaba una igualdad política y social para los norteamericanos negros libres. Pocos estaban en desacuerdo en ese entonces. ¿Cuántos concordarían hoy en día?

La Declaración de Independencia es de hecho un documento curioso. Después de la Guerra Civil, los miembros del partido de Lincoln intentaron incorporar sus principios en la Constitución promulgando la Decimotercera, Decimocuarta y Decimoquinta Enmiendas, razón por la cuál los temas de igualdad racial de edad o género ahora se llevan a las cortes frecuentemente. Sin embargo, la Declaración de Independencia por sí misma no es ni nunca fue jurídicamente vinculante. Su poder proviene de su capacidad de inspirar y motivar los corazones de los norteamericanos vivos, y su significado yace en lo que ellos decidan hacer con ella. Ha sido a veces causa de controversia, impulsando, como lo hace, contra los hábitos y convenciones establecidas, y símbolo de unión nacional, un legado y una nueva creación que liga los revolucionarios a los descendientes que confrontaron y continúan confrontando los temas que los Fundadores no supieron o no pudieron resolver. Por lo tanto, el Día de la Independencia, los norteamericanos no solo celebran el nacimiento de su nación o el legado de unos cuantos grandes hombres. También conmemoran una Declaración de Independencia que es su propia labor colectiva hoy y en el tiempo. Finalmente, es eso lo que le otorga sentido al Cuatro de Julio.